

## RECENSIONES

ALASTAIR BUCHAN: *NATO in the 1960's*. The Institute for Strategic Studies. London.

Llega este libro en un momento crucial de la Organización del Pacto Atlántico, no sólo por la crisis interna que parece afectar al organismo en sí, sino también por haber cumplido éste en 1959 la mitad de la vida para la que fué previsto. Representa el libro de Buchan un «alto en el camino» simbólico, un análisis del horizonte que queda por recorrer, una confrontación de los peligros con que se ha de enfrentar la Alianza durante la década recién comenzada.

Es, desde luego, tremendo analizar cómo en el corto espacio de diez años las condiciones sobre las que se fundó la N. A. T. O. han evolucionado de forma total y absoluta. La amenaza rusa que en 1949 formaba el Ejército rojo—de corte clásico—y las «quintas columnas» de los distintos países vecinos de Moscú, han pasado a ser en 1960 la amenaza de formidables cohetes capaces de destrozarse en pocos minutos a la lejana Norteamérica. Paralelamente, la Europa hambrienta y destrozada de los años 50, se ha convertido en un conjunto de países pujantes que reclaman con no poca nostalgia un puesto rector en la vida del universo. Los acontecimientos y la rapidísima evolución del mundo—al fin y al cabo seguimos en período de crisis en que todo parece volver a la forma de nebulosa—se han encargado de dar sabor rancio a lo que 1949 se creía de la más atrevida modernidad: Europa olvidaba siglos de historia y se unía tal como exigían los tiempos; América se deshacía de esa línea matriz de su política exterior, al aislacionismo. Es llegado el momento de revisar los fundamentos mismos que crearon y soportaron la Organización. Alastair Buchan pone su grano de arena

a la labor con este libro, no por corto menos interesante.

Tres premisas sirven de introducción: a) la N. A. T. O. sigue siendo, hoy por hoy, la alianza necesaria a los países del área noratlántica, y el futuro inmediato no parece permitir que se prescindiera de ella; b) no es posible olvidar la creciente flexibilidad del poderío soviético; c) se hace indispensable hallar una nueva fórmula de colaboración entre los quince países que hoy forman la N. A. T. O., un algo que responda más adecuadamente a la idea de interdependencia.

Mas ¿cuáles son las posibles directrices de la política soviética en estos próximos años, política contra la que por esencia se ha de oponer la N. A. T. O.? Buchan analiza lo que pudieran ser estas directrices a partir del nuevo potencial ruso, para llegar a la conclusión de no ser una ni dos las posibilidades que se ofrecen a la política internacional soviética. Es precisamente una flexibilidad de movimientos el peligro más considerable con que se ha de enfrentar la Organización Atlántica; si de competencia pacífica se trata, Rusia envía pequeñas proporciones de ayuda económica, envuelta en cantidades considerables de propaganda, a los países más subdesarrollados; incluso armas que a la «madre Rusia» ya no sirven por anticuadas, siempre pueden crear alguna intranquilidad en el área occidental; y si del estadio «revolucionario» ascendemos a otras formas de ataque militar, toda una gama de posibilidades se le ofrecen a la U. R. S. S.: guerras limitadas de corte clásico, guerras gigantescas en que surgen términos apocalípticos: «pre-

emptive strike, nuclear deterrent»...; a todos estos objetivos habrá de prever la N. A. T. O. en los próximos años.

No es fácil alcanzar un equilibrio de fuerzas con la Unión Soviética en todos los campos en que ésta puede actuar (en este momento, el desequilibrio se inclina peligrosamente del lado ruso). Pero es necesaria una altitud de miras que mantenga unidos a los países miembros de la OTAN; la nostalgia de los primeros años de lucha común, de los años que llamaríamos heroicos, cuando el peligro de una invasión militar hacia apretar las filas, vuelve a la mente de todos. El peligro es hoy mayor y a la vez más difuso, y si bien una invasión rusa apoyada en partidos comunistas no parece fácil, si lo es en cambio una atomización nacionalista dentro de la misma alianza, peligro mayor, si cabe, que una horda tártara «a las puertas de casa».

Es esto lo que más preocupa a Buchan; el ejemplo de las diferentes «fuerzas atómicas» que varios países europeos quieren desarrollar, es suficiente para que el autor clame por una mayor unidad atlántica: es antieconómico, inútil y hasta peligrosa, esta carrera atómica en pequeña escala; al poderío soviético sólo se le puede contener «a lo asiático», uniendo fuerzas, distribuyéndose en la medida de lo posible el peso de la fuerza militar necesaria. Nos lleva esto a la necesidad de elaborar, en el terreno de la práctica, una nueva forma de colaboración no sólo militar, sino política. No es fácil alcanzar un acuerdo entre países tan acostumbrados «a navegar por su cuenta» como son los quince firmantes del Tratado de Washington, con siglos de historia sobre sus espaldas, con toneladas de orgullo sobre sus cabezas. Pero si queremos

demostrar que la Comunidad Atlántica en que quiere asentarse el Pacto es algo más que palabras con las que Europa ha entrado en la era de los Superestados, estamos obligados a permanecer unidos en el bien y en el mal, y no sólo cuando un trueno inminente hace que recordemos a Santa Bárbara.

El problema de la interdependencia ocupa a Mr. Buchan la mitad de su libro; los problemas que se suscitan son muchos y el autor ha tratado de analizar los pros y los contras de las posibles soluciones. Cabe destacar la importancia que se concede a la parte económica, grave capítulo que no ha escapado a la atención del prestigioso comentarista inglés. La actualidad del problema ha quedado bien puesta de manifiesto a raíz de los intentos americanos de buscar apoyos económicos en Europa. Está claro que las grandes etapas por recorrer dependen de la resolución del problema económico; se comprende así la gran importancia que le dedica Alastair Buchan y ciertamente su análisis ofrece un extraordinario interés.

Las necesarias modificaciones no son de tipo formal; el Tratado que instituyó la N. A. T. O. es corto y, como tal, flexible; las que no lo son las ideas de soberanía de las naciones europeas; contra ellas hay que luchar, no para llegar a una forma de supranacionalidad—el autor se manifiesta claramente contrario a esto—, pero sí para alcanzar una cooperación más estrecha y leal. Este puede ser el resumen del libro, compendio a su vez de una reunión celebrada en Oxford bajo los auspicios del recién creado «Institute for Strategic Studies».

ANTONIO DE OYARZABAL.

**BENOIST-MÉCHIN: *Le roi Saoud ou L'Orient à l'heure des relèves.* Editions Albin Michel. París, 1960; 575 págs.; 6 mapas.**

Aunque en su reciente obra M. Benoist-Méchin estudie la figura del actual rey de Arabia Saudita con la misma agudeza y cariño que puso de manifiesto al tratar de su padre en *Ibn Séoud ou la naissance d'un royaume*, por circunstancias diversas, que son precisamente el meollo del libro que reseñamos, Ibn Saoud no ocupa en el escenario político de un mundo en pleno deve-

nir, como es el mundo árabe, el lugar destacado que ocupara el fundador de la Arabia Saudita. Sin embargo, el hecho de que los Santos Lugares del Islam estén enclavados en su reino, le lleva a desempeñar un papel nada desdeñable en la «Umma», sea esa comunidad que no se basa ni en la unidad racial ni en la unidad territorial, sino en el idioma, la religión y la fe.

Pero he aquí que ese concepto tradicional de unidad de la fraternidad islámica pugna, entre otras muchas corrientes que fluyen por el mundo árabe, con un concepto foráneo, cual es la noción de patria o «Vatan». Uno refleja la tendencia a la unidad del mundo árabe. El otro, su no menos actuante y vivaz tendencia al particularismo. Estos dos principios antagónicos, que polarizan las energías, son aspectos del drama que para M. Benoist-Méchin está viviendo ese mundo en marcha, en el que Ibn Saud representa algo así como una base estable o punto de referencia, en razón del Islam en que se inserta su figura política.

Esta obra, que se lee con apasionado interés, es la exposición de ese drama, cuyo desenlace no se puede vaticinar. Nadie puede saber a estas alturas si, sacudida la tutela occidental, el mundo árabe no caerá bajo nuevas dominaciones o si, logrando escapar a este peligro, no lo hundirán sus rivalidades tradicionales a las que dan pábulo ciertos conceptos de rabioso nacionalismo heredado de Occidente. Pero cualquiera que sea el futuro hacia el que avanza ese mundo, trágicamente no puede detenerse en el iniciado camino, ni desandar lo andado para adormecerse de nuevo. Tiene que seguir hacia adelante, hasta una meta que no se diseña claramente en el horizonte.

La obra de M. Benoist-Méchin se ciñe al difícil estudio de las peripecias de esa marcha inexorable. Iniciada en 1916 con la llamada «rebelión del desierto», la aceleración enloquecedora de la Historia hace que parecen haber transcurrido siglos desde aquella fecha. Es que entre tiempo, no sólo Arabia Saudita y Yemen son porciones del Islam libres de la tutela extranjera: Libia, Siria, Líbano, Egipto, Sudán, Túnez, Marruecos; Jordania y, más recientemente, Iraq, se han emancipado. Se observa «una convergencia de empujes múltiples y discontinuos», por oposición a fases en que todo se reducía a esquemas sencillos. Se está realizando una enorme labor colectiva cuyo «dinamismo profundo tiene acaso una influencia más decisiva que el acontecimiento visible y el discurso público». Remecido por corrientes soterráneas, encrepado por explosiones de ira o entusiasmo, ese mundo a la vez particularista y unitarista, que parece falto de lógica, no brinda fácilmente un campo estable para la observación. Su

centro de gravedad política se desplaza constantemente, yendo sin cesar de Ryhad a El Cairo, de El Cairo a Damasco, de Damasco a Bagdad. Como una lanzadera, la inquietud internacional por cuanto acaece en el Oriente Medio, corre de un punto a otro. Sin embargo, todo ese hervor, esa confusión, esa maraña de ambiciones, rivalidades y propósitos políticos entreverados de problemas económicos, al ser considerados por la lúcida mente de M. Benoist-Méchin, acaban por imponérsenos con el firme perfil de la realidad inteligible. Todo se nos aparece claro y lógico en ese mundo árabe de ensanchadas fronteras, ya que la naturaleza de algunos de los problemas que lo afectan ha llevado al autor de «Le roi Saud» a tratar o aludir a Turquía, Pakistán, Sudán y el Irán, que están fuera de la tradicional área árabe.

Puede decirse de la tesis que sirve de apoyatura dialéctica a M. Benoist-Méchin en su reciente obra, que si literariamente es bella, responde además a la realidad: ¡el relevo! En efecto, esta acción castrense sintetiza todos los cambios registrados en el escenario que abarca «Le roi Saud». En 1916, los beduinos escribieron una gesta, pero actualmente apenas si desempeñan un papel en el renacer árabe. Han sido relevados por el Islam urbano, que presta a la evolución en curso un matiz revolucionario y nacionalista. En otros términos: el guerrero beduíno es sustituido por el activista. Este relevo se complementa con el de las generaciones. Ha acarreado la implantación de un nuevo estilo que se expresa en organizaciones políticas, como el Wafd, el Baath, los partidos comunistas, los Hermanos Musulmanes, etc. Por otra parte, a partir de 1948 evoluciona la mentalidad de los diversos ejércitos. Surge entonces un tipo de jefe político que va en contra de la tradición de Oriente, señaladamente en el propósito de mantener estrecho contacto con el pueblo. Esta nueva modalidad lleva al pueblo a tomar parte en la lucha política. Los reyes de derecho divino van siendo sustituidos por dictadores militares. Si a ello se agrega el relevo intentado por los Estados Unidos y la U. R. S. S. de las grandes potencias mandatarías o coloniales europeas, el cuadro queda completo.

Si M. Benoist-Méchin describe los pasos dados hacia esa meta por los Estados Unidos y la U. R. S. S. con la seguridad de

un conocedor avezado de estas cuestiones, no es menos aleccionador el relato de los pasos dados hacia atrás por las potencias europeas. El primero fué el que se obligó a dar a Italia, declarada «indigna» de estar presente en Tripolitania, lo que dió lugar al nacimiento de Libia; luego el que hubo de dar Francia, impelida a salir de Siria y Líbano por Gran Bretaña, la cual soñaba crear, bajo su tutela, *the Middle East Empire*; finalmente, el retroceso de la propia Gran Bretaña, a su vez afectada por su carambola sucia y desplazada por Estados Unidos, deseosos de llenar un «vacío» que habían contribuido a crear. La exposición de las ideas de los Estados Unidos sobre «el vacío en el Oriente Medio» y las aplicaciones prácticas de lo que M. Benoist-Méchin estima ser pura teoría (¿vacía un área geográfica donde nacen 400.000 niños al año?, pregunta), se complementa con datos estadísticos de gran interés, relativos al incremento de la explotación petrolífera, clave del prurito internacional por mangonear en ciertos Estados árabes. En cuanto a los esfuerzos de la U. R. S. S. para penetrar en el Oriente Medio, que se remontan a 1940 (negociaciones Hitler-Molotov), M. Benoist-Méchin los describe no sólo en función de los resultados alcanzados—que no son baladíes—, sino en cuanto eficacia de unos métodos cuyo acierto se vió claramente con motivo de la crisis del canal de Suez, provocada por la negativa de Estados Unidos a financiar la construcción de la presa de Assuan, y cuando en 1956 hubieron de votar junto a la U. R. S. S. en la O. N. U. contra sus aliadas en la O. T. A. N.

Pero en opinión de M. Benoist-Méchin, que con tan elegante finura despeja las situaciones más complejas y enrevesadas, aun no se ha terminado la serie de los relevos que han tenido lugar en el Oriente Medio. Vagamente, en el orden de las influencias exteriores, se dibuja en el horizonte el de la U. R. S. S. por la China Popular: en 1956, firma de un acuerdo chino-egipcio; en 1959, firma del acuerdo chino-iraquí. Son principios modestos, pero las circunstancias pueden servir a la China Popular como sirvieron a la U. R. S. S. desde 1956. Hechos recientes, posteriores a la publicación de esta obra, van en el sentido indicado. Uno de ellos es la amenaza por parte de la China Popular de enviar «voluntarios» y técnicos para combatir junto al

F. L. N. que aboga en favor de las previsiones de M. Benoist-Méchin.

Sobre una trama de hechos consignados y aclarados con excelente método expositivo y pasados por el tamiz de atención reflexiva y cálidamente humana, M. Benoist-Méchin borda la historia de los sucesos, los problemas y los conflictos desde 1953 hasta 1957, todo ello en torno a la figura central del rey Saud. No obstante, con frecuencia ésta resulta desplazada a un segundo término por otras figuras, señaladamente la del Presidente Nasser, del que nos brinda una enjundiosa semblanza y biografía. Por el escenario de una historia agitada, turbulenta, a veces explosiva, pasan actores del drama, los cuales en momentos dados polarizan la atención mundial: el doctor Mossadeq, el Shah de Irán, el Emir Fayçal de Arabia Seudita, Onassis, Menderes, Ben Gurion, Faruq, Neguib, Mollet, Eden, el rey de Jordania y muchos otros. Todos son dibujados con rasgos llenos de vida y de fina comprensión de una realidad humana que está más allá de su celebridad.

Es imposible tarea señalar siquiera de pasada las noticias y observaciones recogidas en esta importante obra. Quede parcialmente subsanada esta imposibilidad por la enumeración de las partes en que se divide, además de la notable introducción sobre la que atraemos singularmente la atención. Son aquéllas: «Los principios del reino» (de Ibn Saud); «El levantarse de Turquía», «El Pacto de Bagdad», «Arabia se interroga», «La fundación de Israel», «La revolución egipcia» (la más extensa de la obra con «El drama de Suez»), finalmente, «La hora de Saud», todo ello completado por seis mapas.

Por lo demás, leer a M. Benoist-Méchin es un deleite a la vez intelectual y estético. Con motivo de la publicación de «Un printemps arabe», de que nos ocupamos en su día, ya tuvimos ocasión de decir que M. Benoist-Méchin es un gran escritor, un gran escritor inteligentísimo. Ambas cualidades no están forzosamente emparejadas en una misma persona. Dotado de una gran sensibilidad, se salva del fastidioso cerebralismo y del negativismo crítico que, por desgracia, hace estragos en la «intelligentzia» gala. Aunque «Le roi Saud» sea una obra política, los valores literarios que subrayamos se ponen de manifiesto en cada página y sirven al propósito que persigue el autor: hacernos comprender, con una

## RECENSIONES

comprensión a la vez intelectual y cordial, o que él mismo tan claramente comprende. Puede decirse de estas dos últimas obras de M. Benoist-Méchin que aunque se nos parezcan diferentes por el enfoque, resultan, sin embargo, complementarias. Son como el anverso y el reverso de esas cosas en que los dibujos se corresponden por ambas caras, aun dando la sensación de

ser del todo distintos, tan distintos son los colores. En «Le roi Saud ou l'Orient à l'heure des relèves», M. Benoist-Méchin enseña mucho. Lo hace con un arte y una habilidad fingidamente fáciles, que están en la mejor tradición literaria e intelectual del país vecino.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

